

TRES CAMINOS PARA LA SUPERVIVENCIA*

Por PAUL JOHNSON

LAS dos terceras partes de la población mundial vive en el continente asiático al este del Golfo Pérsico. Sólo un pequeño porcentaje de ellos cuenta con un ingreso superior a 25 libras esterlinas anuales. El número de personas aumenta a una velocidad de un 2% anual; los productos alimenticios aumentan a una velocidad de un 1% o menos. Estos simples datos aritméticos indican la magnitud del problema asiático. Más aún, el dilema con toda seguridad se hará más agudo ya que en Asia, al igual que en otras áreas retrasadas, las inversiones en salud pública producen altos resultados —declinación de la mortalidad infantil y aumento en los años promedio de vida— muy superiores a lo que producen las inversiones en la agricultura.

Por un medio o por otro, los asiáticos deben encontrar un camino que los lleve a la supervivencia. Su selección será pragmática. La revolución anticolonialista se encuentra en la actualidad virtualmente completa, por lo menos en la esfera política. El odio hacia el Occidente es un estímulo en decadencia, la rapacidad del imperialismo una excusa cada vez menos convincente para el fracaso y la pobreza. Hasta ahora, todos los grandes sistemas políticos y económicos del mundo han encontrado un hogar temporal en Asia pero no han podido echar raíces duraderas. Esta situación probablemente cambiará en la próxima década —el verdadero comienzo de la era post-colonial— y la mayor parte de Asia hará una selección permanente.

La selección tiene tres alternativas. Los asiáticos pueden optar por el comunismo y la absorción por el bloque oriental. Pueden aceptar la penetración capitalista y desarrollar sociedades primitivas de libre empresa bajo la protección de pactos regionales de defensa occidental. O podrán crear economías socialistas independientes dentro de un marco político de naciones no comprometidas. Es deseable que Asia escoja este tercer camino y se convierta en un "cordón sanitario", económicamente viable entre los dos bloques. Personalmente estimo que esta es la selección que la mayoría de los asiáticos

quisieran para sí mismos. Pero ésta es, trágicamente, la más difícil y la menos probable, por la enorme dificultad de crear, en las condiciones actuales, el avance económico permanente y autosuficiente que Asia necesita.

LOS PROBLEMAS CHINOS

Hasta hace dos años, el aparente éxito del experimento comunista en China (especialmente cuando se mide y se compara con la lentitud agonizante del progreso económico de la India) hacía dicha selección bastante probable; una selección no sólo para los campesinos sin tierras del sur de Asia sino también para el enorme y creciente proletariado de las ciudades. Hoy en día, sin embargo, no es posible esconder el fracaso sustancial del planeamiento económico chino. EL GRAN SALTO HACIA ADELANTE ha terminado en una dolorosa tragedia. El proceso de rápida industrialización ha sido frenado.

Se han adoptado medidas de emergencia para reducir las crecientes poblaciones de las ciudades y para mover, a todo costo, a los desempleados urbanos a alguna forma de trabajo productivo en los campos. El fracaso del sistema de comunas rurales, que ha sido conocido en el mundo exterior recientemente, parece ser aún más completo de lo que creíamos. En algunas áreas, parece existir la amenaza del hambre y agentes comunistas se han visto obligados a comprar alimentos en ambos hemisferios. Inevitablemente, este colapso en los frentes industriales y agrícolas ha minado la postura agresiva china frente a Rusia e inclusive puede suavizar, durante algún tiempo, su actitud con el Occidente. Pero lo que es quizá de una importancia más inmediata, es que China —probablemente durante algún tiempo— ha cesado de ser un imán para los descontentos de Asia.

EL HORMIGUERO INQUIETO

En Asia Occidental, los norteamericanos consideran el estado de China —y la consecuente declinación de la presión comunista en toda esa región— con triste complacencia: igno-

* Versión sintetizada de los artículos publicados en *New Statesman*, de Londres, Inglaterra, en los números correspondientes a mayo 25 y junio 10 de 1962.

ran que lo que está pasando en China demuestra no tanto la incapacidad del planeamiento comunista, como la proporción del problema al que se enfrentaba; ignoran también que el problema tampoco parece tener solución en el capitalismo feudal que es la única alternativa que pueden ofrecer.

En realidad, pocos de los Estados asiáticos que caen dentro de la órbita capitalista pueden informar sobre algún progreso sustancial, aún cuando la ayuda económica *per cápita* que han recibido es entre 4 y 10 veces superior al promedio del resto de Asia. En Tailandia, un país con tradicionales excedentes de arroz, las exportaciones de productos alimenticios están disminuyendo permanentemente. El costo de la vida sube en forma alarmante y en dos años, si la tendencia actual continúa, Tailandia puede tener un déficit de pagos por primera vez en su historia. El país está bajo una dictadura militar, y el actual jefe político, Sarit, supervisa personalmente la ejecución de sus opositores por pelotones de fusilamiento.

Pakistán, el más grande de los satélites occidentales, se encuentra permanentemente entre la bancarrota y el caos político. Es también una dictadura militar, pero, al contrario de Tailandia, no cuenta con excedentes de productos alimenticios. Su oligarquía militar, aunque partidaria de la supresión de la libertad de expresión política, parece incapaz de lograr una administración eficiente. Filipinas, que reciben no solamente 300 millones anuales en ayuda directa de los Estados Unidos, sino también millones de dólares en inversiones privadas, está, en la actualidad, importando alimentos, y se ha visto obligada recientemente a devaluar el peso para reducir la corriente de salida de oro y dólares. (Debido a su poderosa tradición católica, este país es un permanente opositor en la WHO y en cualquier otra reunión internacional en que se discuta el control artificial de la natalidad). Manila sólo es superada por Caracas entre las capitales más inflacionarias del mundo y, a pesar de los esfuerzos de la nueva administración de Macapagal, quizá la más corrupta. Ansiosos de desvirtuar la ira popular de sus propias faltas, los gobernantes están planteando en la actualidad una ilusoria reclamación territorial del Borneo Norte británico.

Quizá el satélite capitalista más característico es Vietnam del Sur. El país o, para ser más preciso, Saigón y sus alrededores, es dirigido por un triunvirato formado por el Presidente Ngo Dinh Diem, su hermano el arzobispo católico y su hermana política, Madame Nhu. Las ramificaciones familiares se encuentran en todos los rincones de la vida pública vietnamita. El hermano de Diem, por ejemplo, es embajador en Londres, el padre de Madame Nhu, es embajador en Washington; virtualmente cualquier persona de importancia en Saigón es un pariente de ellos o por lo menos proclama que lo es. La principal preocupación legislativa de esta oligarquía florentina consiste en un vigoroso ataque contra el vicio público y privado dirigido personalmente, con evidente complacencia, por Madame Nhu misma. Los burdeles y la prostitución han sido declarados fuera de la ley; la poligamia, el concubinato y el adulterio son en la actualidad considerados delitos penales; y el divorcio es prácticamente imposible, excepto por permiso personal, después de una investigación, del Presidente mismo. No es sorprendente que cuando el palacio presidencial fue bombardeado por aviones rebeldes y Madame Nhu sufrió una caída de dos pisos de altura, las noticias fueron recibidas con llamado júbilo. Y, sorprendentemente, las prostitutas y las mujeres fáciles todavía sobrepasan en Saigón al número de tropas norteamericanas residentes.

De una forma u otra, dos mil millones de dólares han desaparecido en este país sin dejar rastro. Parte de ellos se considera que han ido directamente a bancos suizos. Habiendo fallado los dólares, los Estados Unidos están enviando en la actualidad, tropas. Se encuentran ya en el país más de 5,000 soldados y se han emitido órdenes para aumentarlos en un 50%. Oficiales de los Estados Unidos y de la NCO están siendo incluidos en batallones y hasta inclusive en patrullas. Tres grupos de helicópteros americanos proporcionan apoyo aéreo. Antes de este compromiso norteamericano, los comunistas del Viet Cong han mantenido en el campo tres divisiones regulares (más de cuatro veces el número máximo de rebeldes malayos en su momento de máxima fuerza) y un aumento en su número, proporcional al aumento del compromiso norteamericano, es inevitable. En realidad, toda la campaña vietnamita es un ejercicio en futilidad. Los rebeldes nunca podrán apoderarse de las ciudades ni los leales controlar el campo.

Como ambos grupos pueden ejercer chantaje sobre sus respectivos protectores para que les concedan suministros siempre crecientes de dinero y armas, ninguno de ellos tiene un amplio interés en acabar la guerra —excepto los campesinos que son perseguidos con igual rigor por ambos bandos. La producción agrícola disminuye constantemente.

Sin embargo, hay algunas áreas en Asia en donde el capitalismo, unido a una forma de neocolonialismo, está produciendo resultados. Malaya es en la actualidad independiente. Su gobierno, que refleja los prejuicios y los intereses de la clase aristocrática malaya, no es particularmente competente —en realidad, se mantiene funcionando por una pequeña plana mayor de funcionarios británicos.

Pero el régimen es popular y razonablemente estable. El nivel de vida sube lentamente. A pesar de la inestabilidad de los precios de las materias primas (y Malaya es absolutamente dependiente del caucho y del estaño), el país está atrayendo inversiones en escala perceptible.

Singapur también presenta un problema. Esta pequeña isla, con un extraordinario exceso de población, está acosada por dificultades. No cuenta con recursos naturales y tiene un poderoso, activo y subversivo movimiento comunista. Debido a la mayoría de población china con que cuenta, es tratada con grandes sospechas por sus vecinos, Malaya e Indonesia. Tiene uno de los índices de natalidad más altos del mundo, un aumento anual de población entre el 3 y el 5%. Sin embargo, el nivel de vida está subiendo con mayor rapidez que en cualquier otro país asiático, excepto el Japón. El puerto se encuentra en el quinto lugar entre los más grandes del mundo. Hay un sistema de carreteras bastante bueno y un índice de inversión superior al 15%.

LA ADMINISTRACIÓN MILAGROSA DE HONG KONG

Verdaderamente, Singapur es una anomalía, una curiosa amalgama de contradicciones. Su economía se desarrolla sobre principios estrictamente capitalistas basándose absolutamente en un comercio libre sin restricciones y en un cambio sin limitación alguna. Su gobierno es de naturaleza puritana y está comprometido (y hasta ahora exitosamente) en la creación de un minúsculo estado de bienestar. Calzado en medio de este singular estado de cosas, se encuentra la base británica de mayores proporciones en el Oriente, con su campo de *Mensajeros* y sus hombres de piel roja en chaquetas de lino. En las noches sabatinas recorren los admirables hoteles de la ciudad, consumiendo *Gimlets*, nollo y bailando el twist mientras se quejan del servicio doméstico chino. La ciudad tiene un intranquilo resplandor al estilo de Somerset Maugham, pero es viable, y en Asia vale la pena apoyar cualquier cosa que no esté actualmente zozobrando.

Este crudo principio se aplica todavía más fuertemente a Hong Kong. Es sorprendente que este territorio continúe existiendo. Es totalmente vulnerable a un ataque de la China Continental. No produce ninguna materia prima y solo una fracción de sus alimentos. Inclusive una parte de su suministro de agua depende de China. Su población ha crecido de 600,000 habitantes en 1945 a 3,250,000 en la actualidad, incluyendo más refugiados que en todo el medio oeste. Sin embargo, Hong Kong no sólo sobrevive sino que prospera. Es, desde luego, una reliquia del siglo 19 que combina una economía de "dejar hacer" con reglas coloniales directas. No hay restricciones, por ejemplo, en las horas de trabajo para los hombres: la mayoría de los trabajadores no calificados trabajan 10 o más horas diarias por un jornal que asciende a 5 chelines. Hay barrios de indigentes o arrabales sorprendentes en los que tres familias comparten una casa mediante turnos de 8 horas. Alrededor de 75 mil familias viven en barracas construidas en las azoteas de los edificios, otras 25 mil en juncos en pleno estado de deterioro.

Por otra parte, Hong Kong tiene uno de los más vigorosos (aunque puramente arbitrario) gobiernos del mundo. Casi medio millón de refugiados cuenta ahora con habitaciones de baja renta suministrada por el gobierno. Otro medio millón contará con habitación en los próximos 5 años; en realidad, manzanas de apartamentos están siendo construidas a una velocidad de una cada diez días. Hong Kong cuenta con un servicio sanitario gratuito rudimentario. Una escuela primaria

nueva se abre cada quincena y el 75% de la población mayor de 10 años sabe leer y escribir. Hay grandes privaciones en Hong Kong, pero puede decirse, con razonable confianza, que dentro de la próxima década el estrato de pobreza extrema será eliminado. Más aún, estos sorprendentes resultados están siendo logrados virtualmente sin ninguna ayuda exterior. La colonia no recibe un centavo del dinero proveniente de impuestos de Inglaterra, y, aparte de algunas ayudas recibidas de fondos internacionales para refugiados, tampoco recibe dólares. Es un ejemplo de lo que el colonialismo a la antigua usanza paternalista, sin presiones de desarrollo político, puede lograr.

Pero a pesar de estas excepciones parece poco probable, basándonos en la evidencia actual, que el capitalismo unido, como debe estarlo, a una postura política pro occidental, pueda poner en movimiento el proceso de avance económico autosuficiente sin el cual aun las grandes inyecciones de ayuda extranjera son en realidad inútiles. Entonces, ¿qué podemos decir de la tercera alternativa, la solución socialista independiente?

La tragedia en este punto reside en que las sociedades colectivistas sólo pueden hacerse trabajar eficientemente si son dirigidas por una élite autoritaria (como el partido comunista), que pueda planear sobre bases a largo plazo y que esté dispuesta a utilizar la compulsión, o bien alternativamente, por gobiernos electos democráticamente y sujetos a críticas responsables mediante un sistema parlamentario efectivo. Ninguna de estas condiciones están presentes en los tres países, Ceilán, Birmania e Indonesia que han intentado la solución socialista.

En los tres, divisiones de carácter regional, religioso, racial y hasta lingüístico impiden el funcionamiento de un sistema parlamentario libre. Sus élites nacionales son extraordinariamente pequeñas y violentamente divididas. Su deseo comprensible de terminar con el colonialismo económico extranjero se encuentra en un conflicto orgánico con su necesidad de atraer capital y, todavía más, ayuda técnica y de dirección. Lo más serio de todo es que carecen de una dirección política responsable de alto nivel; los líderes nacionalistas que logran el poder y la popularidad en las luchas anticolonialistas raramente poseen las cualidades administrativas requeridas para presidir la era post-colonial y se ven impedidos por actitudes mentales y reflejos emocionales que son, verdaderamente, obsoletos.

Ceilán, una sociedad compleja que necesita desesperadamente un sentido de unidad entre su élite educada, está en la actualidad desahuciándose en pedazos en una lucha política que data de los días coloniales y que tiene poca relación con los problemas presentes de la Asia. Como resultado de esto, muchos de sus administradores más hábiles se han visto obligados a ir al exilio y Ceilán está encontrando una dificultad creciente para atraer personal calificado del extranjero. El problema de Birmania es todavía más serio. Hasta que U Nu fue depuesto por el ejército esta primavera, había dirigido la nación con una irresponsabilidad creciente. El último paso que llevó a la intervención militar fue su evidente intención de desbaratar la unión birmana y crear una estructura federal —otro nombre para la anarquía local. El ejército, bajo el mando de Ne Win está tratando de restablecer el orden. Muchos de los proyectos más bizarros de U Nu están siendo eliminados. Pero la vuelta a una situación realista es relativa. La nacionalización de los comercios más importantes meramente ha sido suspendida; se les ha dado a los no birmanos (indios y chinos) seis meses para liquidar sus negocios. Si el decreto llega a ser una realidad (y esto es dudoso) el efecto, no sólo en la economía del país, sino, más directamente, sobre los niveles de vida en las ciudades puede llegar a ser extraordinariamente serio. Más aún, está en directo conflicto con el Trust de Cerebros Económicos, dirigido por un brigadier, el cual está tratando de estimular al capital extranjero. Por el momento, las dificultades de Birmania han sido absorbidas por sus excedentes de arroz, pero esto puede muy bien desaparecer si la caída en la productividad y el movimiento hacia las ciudades continúa sin detenerse. Birmania tiene en la actualidad menos tierras dedicadas al cultivo del arroz que antes de la guerra —y produce menos por acre. Como en muchas partes de África y de América Latina, el deseo de dirigir la economía y de aumentar el papel desempeñado por el gobierno no se relaciona con la fuente real de la riqueza nacional: la tierra.

Indonesia va cuesta abajo a una velocidad aterradora. Desde luego, gran parte de la responsabilidad recae sobre los holandeses, quienes en 1949, al conceder la soberanía, no dejaron atrás ningún núcleo organizado, y un amargo legado de odio racial. Pero la responsabilidad fundamental ha de atribuirse correctamente a los líderes políticos de Indonesia y a su extraordinaria —aunque comprensible— obsesión con el Iríán Oriental. En 1957 el comienzo de la crisis con Holanda provocó la expulsión de casi todos los holandeses que quedaban, incluyendo la totalidad de las clases directoras y propietarias de plantaciones. Esto fue perjudicial porque fueron inmediatamente reemplazados por oficiales incompetentes y además fue seguido rápidamente por furiosos movimientos racistas contra la minoría china. Un miembro del gabinete ministerial recientemente explicó: "Ustedes deben recordar que para los intelectuales, nuestra revolución fue en contra del colonialismo político holandés; pero para las masas fue en contra del colonialismo económico chino". De esto no hay duda; pero la expulsión de los chinos que desarrollaban la mayor parte de las ventas al menudeo y los sistemas de distribución del país y que en la actualidad no se les permite trabajar excepto en ciertas grandes ciudades, ha aumentado grandemente las privaciones de las masas.

En realidad, la persecución racial de los holandeses y los chinos ha tenido dos efectos desastrosos y previsibles. Eliminada la dirección holandesa, la producción de materias primas ha comenzado a contraerse; en muchas plantaciones de caucho, por ejemplo, la siembra y la replantación ya no se llevan a cabo. Con la sola excepción del petróleo, que está todavía en manos británicas y norteamericanas, la productividad en todas las materias primas ha descendido entre un 20 y un 25%. Esto ha llevado a una severa caída en los ingresos y a una aguda crisis en el intercambio. La rupia vale la milésima parte de una libra esterlina en el mercado negro, en comparación con el cambio oficial de 125 rupias por libra esterlina.

Todavía más seria es la desorganización del sistema de distribución del país que siguió a la persecución de los chinos. Esto es particularmente importante en un país como Indonesia que cuenta con más de mil islas habitadas, pocos caminos o ferrocarriles y, desde la salida de los holandeses, poco transporte costero. Durante la última década, Indonesia ha encontrado cada vez más difícil el problema de la alimentación. Con una población en rápido crecimiento (en la actualidad cercana a los 100 millones de habitantes) y con ningún esfuerzo serio para aumentar la productividad, ha pasado de ser un país con sobrantes de arroz a la categoría de principal importador de dicho grano en el mundo. La descomposición interna ha hecho que las condiciones empeoren. En el presente hay tres áreas con excedentes de arroz, particularmente en el norte y la parte central de Sumatra, pero la parte occidental y central de Java y muchas de las islas pequeñas tienen una enorme carencia de arroz y un índice creciente de mortalidad por desnutrición. En Djakarta el precio del arroz ha fluctuado entre diez y veinte veces el precio oficial y muchos otros alimentos son inobtenibles; sin embargo, encontré comida en abundancia a una distancia de 60 millas.

Este problema particular es solo un aspecto de una desintegración más amplia. La autoridad del gobierno ya no es efectiva fuera de la capital (y no siempre dentro de la misma). Indonesia, en realidad, es una sociedad descentralizada en la que el poder real es ejercido por señores de la guerra locales que poseen mandos nominales del ejército pero que tratan con el gobierno en términos de igualdad. Su poder es económico al igual que militar y político. Por ejemplo, aun cuando la exportación de las materias primas del país tales como el caucho y el estaño se canaliza teóricamente a través de una comisión comercial del Estado, más de la mitad de la misma, en realidad, se hace a través del mercado negro bajo la supervisión de los oficiales militares locales. De aquí que el plan de ocho años del gobierno, introducido en 1961 y que se basaba en cálculos de las ganancias por exportaciones, no tenga ninguna relación con lo que está sucediendo en realidad. El gobierno esperaba obtener 36 mil millones de rupias en 1961; en realidad, sólo recibió 22 mil millones y declaró un

déficit en un solo año ascendente casi al doble de su ingreso anual —y el déficit no incluía los gastos de la campaña del Irián Oriental.

Pero no tiene objeto alguno adentrarnos en el laberinto de las estadísticas de Indonesia, muchas de las cuales existen sólo en la mente de aquellos que las compilan. Desde luego, esto no ha provocado la pérdida del sueño del Presidente Sukarno. En realidad, bastante ajeno al creciente caos que lo rodea, está interesado en dos nuevos proyectos: los Juegos Asiáticos, que han de llevarse a cabo en Djakarta en el mes de agosto, y en una invasión por mar del Irián Oriental.

Los juegos asiáticos tienen la intención de impresionar al mundo con el modernismo y el progreso de Indonesia. Para hacer esto, el gobierno está construyendo el conjunto de estadio más grande del mundo a un costo de 120 millones de dólares, un nuevo rascacielos para hotel y el primer sistema de caminos con pasos a desnivel en forma de trébol de cuatro hojas en el sudeste de Asia. Se puede argüir, supongo, que esta extravagancia no le hace daño al país porque ha sido financiada por un préstamo ruso que probablemente Indonesia nunca pagará. Sin embargo, es desilusionante el merodear entre estas construcciones y observar el gigantesco consumo de materiales escasos —y de ingenieros desesperadamente necesitados— en una ciudad donde decenas de miles carecen de satisfacción para sus necesidades más elementales.

La campaña del Irián Oriental es más seria porque tiene efectos directos en la economía del país. Las fuerzas armadas absorben el 48% del presupuesto y se están recogiendo fondos especiales para la campaña en diversas fuentes. Las reparaciones de guerra japonesas están dedicadas a comprar lanchas de desembarco en Hong Kong. Todos los días se pueden oír en Djakarta los nuevos Migs 19 que rompen la barrera del sonido y que han sido comprados mediante un nuevo presta-

mo ruso. Esto no es todo. Las supuestas exigencias de la campaña han llevado al ejército a mover grandes cantidades de bienes en grandes áreas agravando con ello el hambre existente. En un puerto de Célebes del Sur, hay diez barcos vacíos, que podrían ser utilizados para mover arroz y que se mantienen a disposición del ejército para el "caso" de una invasión a Irián Oriental. Peor todavía, en los muelles cercanos a Djakarta misma, hay almacenes repletos de sacos de arroz, mantenidos bajo vigilancia militar, como "suministros de emergencia" para la campaña de Irián Oriental. La necesidad más imperiosa de Indonesia es la de personal adiestrado; pero los estudiantes universitarios, especialmente los de disciplinas técnicas, han sido forzados a enrolarse como voluntarios en la campaña.

La ironía de los predicamentos de Indonesia es que en la ciega persecución de una xenofobia nacionalista, el país ha llegado a ser, con toda seguridad, la víctima de extranjeros poco escrupulosos. La actitud del gobierno y el imposible sistema de controles de exportación e importación han destruido efectivamente la intención de firmas mercantiles occidentales respetables de invertir sobre bases mutuamente remunerativas, pero no han destruido, sino estimulado positivamente, a aquellas firmas que están dispuestas a operar a través del mercado negro y mediante el uso continuo del soborno.

Basándonos en este análisis, podrá parecer que el socialismo tiene aún menos probabilidades que el capitalismo de ofrecer una respuesta a los problemas de Asia. Pero la comparación no está todavía completa; en realidad, he omitido los dos ejemplos más notables de estos caminos rivales para la supervivencia —la India y el Japón. Volvemos a tener ante nuestros ojos la vieja historia de la tortuga y la liebre, pero con una diferencia: esta tortuga específica es excepcionalmente lenta y la liebre está excepcionalmente alerta.

LA TORTUGA Y LA LIEBRE

LOS DOLOROSOS ESFUERZOS DE LA INDIA

El único experimento serio en Asia sobre planeamiento socialista democrático está llevándose a cabo en la India; igualmente, el único país grande en donde está realmente funcionando el sistema capitalista es el Japón. Lo que pase en estos dos países, por lo tanto, determinará en gran parte, la forma política y económica futura del continente.

La India está en la actualidad totalmente embebida en su Tercer Plan Quinquenal. Este sistema puede ser descrito como socialista en el sentido de que implica un control centralizado de las metas, financiamiento y ubicación de los proyectos y un aumento constante de la propiedad pública directa. Visto desde Delhi, el mecanismo de planeamiento central parece amplio y altamente eficiente. Existen controles sobre los grandes capitales, distribución de las materias primas, exportaciones, importaciones y todas las transacciones con moneda extranjera; control sobre la ubicación, crecimiento, extensión o alteración de una planta y hasta inclusive sobre la reducción del rendimiento; y sobre el transporte, consumo y precio de bienes de consumo esenciales. Las autoridades, en realidad, pueden inclusive remover y sustituir a los directores y funcionarios de las firmas privadas. Hay impuestos sobre los ingresos de las sociedades anónimas, impuestos sobre el exceso de utilidades, impuestos adicionales, impuestos sobre utilidades que pasan de determinados límites, impuestos sobre utilidades no distribuidas, impuestos sobre la emisión de bonos, impuestos sobre el capital, impuestos sobre las ganancias del capital, impuestos suntuarios y un impuesto sobre gastos. El impuesto sobre el ingreso de las compañías extranjeras es probablemente el más alto del mundo.

Superficialmente, también, el sistema de planeamiento es en extremo ambicioso en sus objetivos. El plan actual es la primera fase de un período de 15 años; durante éste, afirma

el *Sumario*, "la economía de la India no solo debe expandirse rápidamente sino que, al mismo tiempo, debe convertirse en autosuficiente y autogeneradora". Al mismo tiempo, su objeto es "proporcionar a las masas del pueblo indio la oportunidad de llevar una buena vida". Al final del quinto plan (1976) la India debe ser autosuficiente en bienes alimenticios y en la mayoría de los productos industriales, e independiente de la ayuda extranjera, más allá de la corriente normal de capital de inversión. La inversión neta ha de elevarse de la tasa actual de 11% del ingreso nacional a un 19 o 20% en 1966.

¿ES SUFICIENTE EL PLANEAMIENTO?

Una ojeada a algunas de las metas detalladas del plan indica sus severas limitaciones y, por inferencia, la magnitud de la tarea de la India. Aun cuando todo vaya bien, el ingreso per cápita subirá solamente de los \$60.00 actuales a meramente un poco más de \$100.00 en 1976 (Japón supera en la actualidad a los \$300.00 e Inglaterra sobrepasa los \$1,300.00). La producción de acero, el indicador básico de la capacidad de la industria pesada, no superará los 19 millones de toneladas en la mitad de la década de los 60 en cuya época la población sobrepasará los 550 millones de habitantes (la producción de acero de Japón, en la actualidad, se acerca a los 30 millones de toneladas). Debido a su gran tamaño y a sus debilidades, el avance de la tortuga hindú tiene que ser necesariamente lento, pero ¿necesita ser tan lento como esto?

Los planeadores hindúes temen aumentar el tamaño del plan porque, estiman que lo mismo podría generar una inflación y una crisis en el cambio extranjero. Dichos temores tienen algún fundamento (en 1958 una crisis en el cambio extranjero provocó alteraciones radicales en el Segundo Plan) pero no necesitan ser decisivos; tanto los Estados Unidos de

Norte América como, irónicamente, Rusia, tienen un enorme y amplio interés en el éxito del sistema de la India y estarán siempre dispuestos a ayudarla en un futuro previsible. El caso de un aumento en las proporciones del plan está convincentemente sustentado por I.M.D. Little en el ejemplar de febrero de 1962 de la *Oxford Economics Papers* y no será necesario repetirlo aquí. Pero parece ser cierto que un mero aumento en las proporciones no producirá el casi mágico proceso de la autogeneración. Lo que se requiere es un profundo reajuste de las actitudes mentales y sociales en todos los niveles de la vida de la India. En realidad, sin esta revolución interna —uno casi podría decir psicológica— dudo que el experimento de la India pueda tener éxito.

DESCUIDO DE LA TIERRA

Una revolución psicológica puede parecer un concepto nebuloso pero puede desarrollarse en diversas formas prácticas. En primer lugar, el planeamiento ignora la necesidad de un enorme aumento en los gastos de la educación sobre todo en la educación primaria. Aunque en la actualidad alrededor de un 20% de la población sabe leer y escribir, se trata todavía de un fenómeno urbano. Son los habitantes de las 570 mil aldeas de la India, muchas de las cuales no están comunicadas por caminos, quienes desesperadamente necesitan los amplios horizontes de la educación para romper con los moldes estáticos creados por miles de años de vida vegetativa o de mera subsistencia. Sin embargo, bajo el Segundo Plan, por ejemplo, los gastos en cada una de las nuevas fábricas de acero de la India duplicaban el gasto total empleado en el desarrollo de la educación primaria. Muchas de las "nuevas escuelas" no son más que chozas con techumbre de paja y las clases frecuentemente se imparten al aire libre (lo que no es ninguna broma con temperaturas de más de 100 grados F); una tercera parte de los maestros primarios carecen por completo de adiestramiento. En el Segundo Plan, la industria pesaba más que la educación y la agricultura combinadas y todavía en el Tercer Plan recibe sustancialmente más que todos los servicios sociales, incluyendo la educación.

Esta negligencia en lo que respecta a la educación es en realidad superada por la falta de entusiasmo con que los planeadores hindúes han contemplado el sector agrícola. En este aspecto, la India no es un caso único. En todos los países subdesarrollados, podemos encontrar que los planeadores ignoran la tierra; sus problemas son mucho más difíciles que los del sector industrial, producen resultados menos espectaculares y se asocian, en las mentes de los intelectuales locales, con el retraso y la pobreza. Sin embargo, se mantiene el hecho de que la creación de un sistema agrícola eficiente es la precondición indispensable para un progreso industrial sostenido y autogenerador.

Los planeadores hindúes desechan las críticas occidentales sobre su actitud a la agricultura basándose en dos puntos principales. Señalan que la producción en realidad ha aumentado de 50 millones de toneladas en 1951 a cerca de 80 millones en la actualidad; y que, en cualquier caso, los Estados Unidos de Norte América siempre suplirán sus deficiencias con sus excedentes. Pero la producción ha aumentado fundamentalmente por la extensión de las áreas de cultivo una política que tiene límites muy severos. El rendimiento ha aumentado solamente de 750 libras por acre a un poco más de 800; más aún, el aumento de la producción total solo ha podido mantenerse un poco superior al crecimiento de la población. El *per cápita* neto disponible de granos y alimentos subió de 13.2 onzas por día en el momento de la independencia a 15.4 onzas en 1960; este aumento general, sin embargo, tiene que tomar en cuenta una disminución real en muchas áreas y clases, e ignora la miserable calidad de la dieta.

El argumento de que los Estados Unidos siempre ayudará a la India en relación con la falta de bienes alimenticios básicos no solo es una burla del objeto expresado en el plan sobre la obtención de una autosuficiencia, sino que ignora todo el espíritu de éste. El objeto fundamental de una revolución agrícola no es el de elevar la producción de alimentos, sino el extraer al campesino y al aldeano del mundo de la mera subsistencia y transportarlo a los mercados monetarios y de consumo. En el presente, más de la mitad de la población de la India vive, para todos los efectos prácticos, fuera

de la economía en realidad, fuera de la civilización en el sentido en que la conocemos en el Occidente. La mitad del subcontinente está totalmente separado del proceso mediante el cual se genera la riqueza. Sin embargo, bajo el Segundo Plan, la agricultura sólo obtuvo el 11% del presupuesto y en el Tercero obtiene escasamente el 14%. En la India, más de 200 millones de acres son víctimas de la erosión y sin embargo, los planes actuales sólo contienen medidas en relación con 33 millones de acres y tan sólo 200 mil han de ser protegidos contra la salinidad.

LAS TORRES DE MARFIL DE LA INDIA

Más aún, las medidas que el gobierno está tomando para promover el avance rural tienden a desaparecer cuando llegan al nivel de las aldeas. La pirámide de la burocracia de la India, enormemente eficiente en su cúspide, se desmorona en el momento de entrar en contacto con las masas, particularmente en el sector agrícola. Los empleados gubernamentales de la India no son aficionados al campo, específicamente a las áreas atrasadas donde son más necesitados; una vez separados de sus escritorios se desorientan y se ponen nerviosos. Si son asignados al sector agrícola, tienden a crear curiosas torres de marfil. Vi una de ellas en Punjab: un centro, supuestamente dedicado al adiestramiento de los aldeanos, fue ampliado por los oficiales hasta hacerlo un complejo cultural y deportivo, con un estadio, una sala cinematográfica, un teatro al aire libre y campos para jugar al tenis, al badminton, al frontenis y hasta al básquetbol. Había costado más de 200 mil libras esterlinas (en un área en donde un tractor es todavía raro y los arados de acero son posesiones valiosas).

Esta fatal carencia de contacto entre los planeadores y los aldeanos es quizás la mayor debilidad económica de la India. Los programas costosos de irrigación (como los del Irak, por ejemplo) se inutilizan en el punto en que el agua llega a los campos individuales; algunas veces los canales no son dragados, los parapetos son demasiado bajos, etc. En vez de dos o tres cosechas al año, sólo se produce una; y en períodos de ligera sequía, impera el caos.

En teoría, el núcleo del esfuerzo agrícola de la India es el sistema de centros comunales, un intento de provocar un contacto orgánico entre el gobierno y las aldeas. El país ha sido dividido en bloques o secciones, cada una de ellas con 60 mil habitantes, supervisados por un oficial gubernamental y sus ocho asistentes técnicos. Para asegurarse la cooperación de los aldeanos, se han revivido los tradicionales consejos de las aldeas y sus miembros han sido adiestrados en técnicas democráticas. Todo esto parece bien en el papel, pero lo que yo vi en la práctica me lleva a opinar que frecuentemente no funciona.

Desde luego es arriesgado hacer generalizaciones cuando tratamos de un subcontinente. Pero es en general cierto decir que la agricultura de la India no podrá lograr sus potencialidades sin una revolución social. En la mayoría de las áreas, la reforma agraria ha fallado en lo que debía haber sido su principal objetivo: dar al campesino un incentivo para mejorar la tierra y aumentar la productividad. Si no es un aparcerero, forzado a entregar un promedio de un 50% de su producto a personas que en realidad, si no legalmente, son terratenientes, estará a la merced de los prestamistas que cobran intereses hasta del 200%. Las leyes promulgadas para terminar con los abusos han sido en una gran proporción letra muerta y los oficiales de los gobiernos locales no tienen poder para interferir. De ahí que el campesino trabaje lo menos posible; la mayor fuente de energía productiva de la India se mantiene sin cohesión.

DONDE LAS VACAS SE COMEN A LOS HOMBRES

No sólo el gobierno de la India parece impotente o sin deseos de llevar a efecto cambios básicos sociales, sino que no ha podido siquiera impedir positivamente que las legislaturas estatales adopten medidas regresivas. Quizá el escándalo más obvio de la India es la extraordinaria posición, curiosa combinación de privilegio y miseria, de la que goza el ganado. Las autoridades de la India se irritan por las constantes críticas occidentales sobre esta cuestión, pero cierran sus ojos

a la magnitud del daño que, en nombre de la religión, se ven forzados a tolerar. Quizá estimular sea una mejor palabra. La sección 48 de la Constitución ordena a los Estados el adoptar medidas para "promover la matanza de vacas y terneros y otro ganado lechero o de tiro". En años recientes, Uttar y Madhya Pradesh, Mysore y Rajastan han prohibido la matanza de todo ganado, un bando vigente en la actualidad en medio país; la matanza de vacas está prohibida en toda la nación. Esto no solo ha eliminado una fuente potencial enorme de suministro de alimento, sino que, conjuntamente con los controles más efectivos sobre las enfermedades del ganado, ha aumentado el número de éste a cifras alarmantes. En Mysore, por ejemplo, el ganado aumentó en un 14% en los primeros 3 años siguientes a la ley. Las cifras generales son difíciles de obtener, pero yo calculo que el total de ganado ha subido de 180 millones de cabezas a más de 240 millones en cuatro años —bastante más del 25% del total mundial. Se supone que el gobierno debe proporcionar "lugares de descanso" para las bestias más deprimidas y viejas, pero la mayoría merodea por las ciudades y los campos robando cosechas y alimentos y rompiendo diques. Debido a la prohibición de la matanza, es virtualmente imposible mejorar la cantidad de los rebaños. Por ello, el rendimiento lechero permanece extraordinariamente bajo aun para las normas de los países asiáticos vecinos. Verdaderamente, en la India, el ganado, en vez de aumentar las cantidades disponibles de comida, compete por ella con los seres humanos.

Esta actitud hacia el ganado es meramente un símbolo (aunque de gran importancia) de la extraordinaria renuencia del gobierno de la India a adoptar medidas drásticas para modificar la estructura socio-religiosa. En casi todas sus manifestaciones, la religión hindú es dañina y retrasadora y se refuerza por la operación de un sistema de castas que no han podido destruir las prohibiciones legales. El sistema mantiene a más de 80 millones de seres en la servidumbre y la pobreza, provoca la duplicidad de costosas inversiones tales como pozos y hasta caminos y escuelas; restringe la movilidad de ocupación, e impide la disseminación de nuevas ideas y métodos; sobre todo, crea el desprecio por el trabajo manual, necio este que se encuentra en el corazón del fracaso de la India para progresar rápidamente.

Quizá la mayor carga artificial que la economía tiene que soportar es la industria casera, fuertemente subsidiada y protegida por los argumentos de que la cultura hindú tradicional debe ser preservada y de que deben encontrarse algunos medios para reducir el desempleo rural. Si esta última razón es la verdadera, sería preferible el mantener subsistiendo a estos trabajadores mediante el pago de ayudas directas; esto no costaría más y por lo menos no dañaría a la economía. En cuanto a la primera razón, no hay nada que valga la pena preservar de los artesanos caseros de la India que no pudiera hacerse mejor y más económicamente bajo condiciones modernas. Sin embargo, bajo el Tercer Plan, estas industrias habrán de recibir más del 25% del total asignado a la agricultura. Y esto no es lo peor de todo: para poder hacer que los productos caseros compitan, las fábricas que producen los mismos artículos —telas de algodón, ropas, zapatos, jabón, cerillos, aceites vegetales, etc.— tienen que soportar pesadas cargas. En algunos casos, existen prohibiciones absolutas de fabricación, en otros se prohíbe la expansión o se imponen impuestos especiales. El resultado neto es que los precios de una gran variedad de artículos básicos de consumo son mantenidos artificialmente altos —otro estímulo negativo más para que la población campesina se una al sector consumidor.

Pero al catalogar los fracasos del sistema de planeamiento de la India debemos recordar que todas ellos, con algunas pocas excepciones menores, surgen de una sola fuente: una negativa absoluta a utilizar la compulsión. Y sería necesaria una compulsión en escala masiva para transformar la estructura socio-religiosa de la India, que es, por mucho, la más profundamente enraizada del mundo. El gobierno se niega a compeler a las personas a que abandonen métodos y creencias tradicionales, no sólo porque opera una democracia, sino también (y esto es una cosa mucho más importante) porque cree en ella. Con una enorme mayoría en el Lok Sabha, y derechos residuales de interferencia en los Estados, Nerhu podría ciertamente acelerar la transformación social. Sus razones para no hacerla son debatibles aunque perfectamente adecuadas: si la democracia ha de sobrevivir en la India, con sus grandes divisiones raciales, religiosas, lingüísticas y de cos-

tumbres, el pueblo debe considerar al Estado como un aliado y no como un poder remoto y arbitrario. En el estado actual, las necesidades de planeamiento implican una amplia y creciente red de regulaciones, muchas de ellas onerosas; y la carga puede hacerse intolerable si Delhi tuviese que forzar drásticos cambios en la tónica social.

UNA HISTORIA DE ÉXITO CAPITALISTA

A pesar de nuestra irritación con los métodos hindúes, debemos permanentemente mantener en nuestro pensamiento que dicho sistema, en su esencia, es un experimento de democracia social —es decir, de planeamiento por consentimiento. Si quitamos el elemento del consentimiento, el experimento queda sin significado práctico alguno. Este elemento, aunque frecuentemente fuente de ineficiencia, es, a la larga, la mejor garantía de un planeamiento efectivo. La India cuenta con una prensa libre, instituciones parlamentarias vigorosas, una oposición altamente crítica y activa. Dichos elementos no son sólo valiosos en sí mismos sino que desempeñan un papel vital en el mantenimiento de un planeamiento realista. La India no intentará dar un Gran Paso de Avance; tampoco se verá enfrentada a arbitrarios y agonizantes retrocesos de sus políticas económicas. La tortuga será exasperantemente lenta; pero sin embargo, se mueve consistentemente y en la dirección correcta.

Si la India es un país de certidumbre poco excitante, el Japón inspira brillantes dudas. Pero antes, hay ciertos hechos a los que nos tenemos que enfrentar. Sería tonto para cualquier socialista el subestimar la magnitud del ascenso económico del Japón, logrado mediante pautas capitalistas, gracias a la alta concentración de la propiedad industrial, que ha hecho efectivo el trabajo "voluntario" de planeación. Aunque es cierto que en el período inmediato de postguerra la recuperación japonesa fue financiada en gran parte por la ayuda y los préstamos norteamericanos, el progreso industrial de dicho país hace tiempo es autogenerante. Japón tiene un sistema bancario altamente efectivo y, en cualquier caso, sus industriales, gracias a los altos índices de utilidades, no encuentran dificultad alguna en atraer capital extranjero en el mercado abierto. El verdaderamente rápido período de crecimiento entre 1956 y 1960 (cuando la producción de acero crudo, por ejemplo, se duplicó) sucedió después que la ayuda de los Estados Unidos se había reducido casi en su totalidad.

Aún en la actualidad, la velocidad con que Japón está alcanzando a los grandes poderes industriales no es completamente apreciada en el Occidente. Tomando al año 1953 como base, el índice japonés de producción industrial es de 230, contra 215 de Rusia, 185 de Alemania Occidental y 130 de Inglaterra. El producto bruto nacional subió de menos de 7,000 billones (miles de millones) de yens en 1953 a 14,000 billones en 1960. A pesar de un aumento de población de un diez por ciento, el ingreso per cápita subió en grandes proporciones durante el mismo período.

Más aún, este no es un avance meramente cuantitativo; es, cada vez más, cualitativo también, en algunas industrias, Japón va a la cabeza del mundo. Durante varios años, por ejemplo, ha logrado desbancar a Inglaterra como el segundo país productor de barcos del mundo, y, lo que es más importante y significativo, cuenta en la actualidad con el mejor astillero existente. Produce mejores cámaras fotográficas que la Alemania Occidental y, en ciertas líneas, mejores equipos electrónicos que los Estados Unidos. La competencia japonesa en los mercados mundiales se ha obtenido, no como en el pasado mediante el trabajo barato, sino, en gran parte, mediante inversiones enormes en nuevos equipos y por la voluntad de experimentar con la automatización. Sobre todo, por la investigación aplicada. Los hombres de negocios japoneses ya no son imitadores inspirados; en grandes áreas son verdaderos innovadores que ponen su dinero y su fe en los experimentos.

¿PELIGRO FASCISTA?

Los principales beneficiarios de este rápido avance han sido, desde luego, los industriales japoneses, particularmente

el pequeño grupo de familias que han recreado las combinaciones horizontales de antes de la guerra. Sin embargo, en las industrias más avanzadas, los salarios reales han subido con mayor rapidez que las utilidades. Mientras que las ganancias de las corporaciones, previas a los impuestos, se doblaron entre 1952 y 1959 los salarios subieron casi en un 120 por ciento. Asimismo, en las industrias avanzadas, las horas y las condiciones de trabajo, y los beneficios marginales han mejorado notablemente en los últimos cinco años. Las condiciones son todavía extremadamente malas en las empresas pequeñas (sobre todo en las de carácter familiar): pero la mayoría de las grandes fábricas japonesas está altamente "paternizadas" al modelo de las alemanas, especialmente la Krupp. Los estándares de vida se están aproximando a los del sur de Italia. Contra este fondo de visible mejoramiento, la práctica de la democracia —v la alianza política y económica con el Occidente— ha sido, según todas las apariencias, aceptada por la mayoría del pueblo japonés.

Sin embargo, hay un aspecto muy perturbador de la vida pública japonesa: el resurgimiento de la extrema derecha. Hace dos años, un joven de 17 años, Yamazuchi, mató a puñaladas al Secretario General del Partido Socialista en una reunión pública. Este episodio despertó a la opinión pública en relación con el hecho de que las sociedades patrióticas japonesas, que habían dominado la vida pública durante la década de los treinta, y según se pensaba, habían sido eliminadas por MacArthur, volvían a activarse una vez más. En la actualidad hay realmente más de cien de dichas sociedades, en su mayor parte descendientes directas de los grupos de pre-guerra y frecuentemente dirigidas por los mismos hombres. Tales juntas alegan tener alrededor de 200,000 afiliados, y aunque los grupos varían grandemente en sus programas detallados, tienen ciertas características básicas en común: una extrema xenofobia (frecuentemente América es odiada tanto como Rusia), desprecio de la democracia por considerarla una importación extraña proveniente del Occidente, reverencia absoluta por el Emperador y el deseo del resurgimiento de su *status* divino y de sus poderes absolutos y la creencia en el destino de Japón como un gran poder militar y líder del continente asiático. Casi todos consideran el asesinato político como una arma o medio legítimo.

La mayoría de los hombres de la vida pública japonesa, no le dan importancia a estos extremistas y los consideran como una broma. Este punto de vista, felizmente, no es compartido por el oficial superior de policía a cargo de la seguridad pública, Akira Hatano. Este me comunicó que llevaba un cuidadoso registro de los nombres, direcciones y movimientos de los miembros de estas sociedades patrióticas y que había adoptado importantes medidas de seguridad para proteger a las principales figuras políticas. Como estaban las cosas, no consideraba que un golpe de estado de la extrema derecha tuviera ninguna probabilidad de éxito, pero constituían, en su opinión, una amenaza más seria a la ley y al orden que los comunistas. La izquierda meramente hablaba: la derecha era capaz de actuar. No conocía ningún nexo específico entre los "patriotas" y los oficiales de las nuevas fuerzas armadas, pero estaba seguro de que contaban con varios simpatizadores en el ejército. Encontré este cálculo del peligro bastante poco usual y hasta cierto punto reasegurador, especialmente proveniente de un oficial policíaco; es bueno saber que las autoridades japonesas no comparten el punto de vista norteamericano acerca de que la verdadera amenaza para la democracia proviene de la extrema izquierda.

Hatano también está en lo cierto al juzgar que el resurgimiento de la derecha está condicionado, en gran parte, por lo que le pase a la economía japonesa. Ciertamente es que en un aspecto muy importante, las bases socioeconómicas del fascismo japonés han cambiado. En la década de los treinta, el cuerpo de oficiales dejó de ser reclutado casi exclusivamente de las filas de una casta militar hereditaria, que contaba con normas muy altas (en algunos casos) y propias. La ruina de la industria japonesa de la seda, debida, en gran parte, a embargos enormes y desconsiderados llevados a cabo por el Occidente, introdujo al mercado del trabajo a los hijos de los cultivadores quebrados. Estos hombres estaban amargados y sin un solo centavo; frecuentemente habían visto a sus hermanas entregarse a la prostitución. Muchos de ellos se hicieron oficiales de infantería o miembros de las pandillas políticas.

Suministraron un poderoso impulso a la cadena de eventos que desembocó en la dictadura militar y a la catástrofe de Pearl Harbor.

Felizmente, la única "reforma democrática" de MacArthur que tuvo efectos permanentes en la sociedad japonesa fue la revolución en la estructura de la tierra. Las grandes haciendas de la pre-guerra han desaparecido definitivamente: en su lugar existe una nueva generación de campesinos que operan granjas "familiares". En una mayoría de países, este tipo de reforma agraria hubiese tenido consecuencias económicas desastrosas con todos los males del minifundio presentes. Pero la intensidad de la agricultura japonesa, la extraordinaria habilidad de los campesinos, la disponibilidad de capital y el ingenio demostrado por la industria japonesa para adaptarse a las necesidades de las pequeñas granjas, han provocado un extraordinario aumento en la productividad y en los ingresos agrícolas. El Japón produce en la actualidad alrededor del 40 por ciento de los alimentos que consume en comparación con un 15 por ciento al finalizar la guerra, y el precio del arroz está garantizado por el gobierno. Como resultado de esto, aunque los campesinos ganan menos que un trabajador calificado, las diferencias en los niveles de vida no son marcadas. Una de las fincas que visité consistía fundamentalmente de cuatro acres dedicados al cultivo del arroz y mantenía a una familia en un grado considerable de comodidad. El campesino tenía una buena casa, un tractor miniatura, un aparato de televisión y estaba ahorrando para adquirir un automóvil. El ingreso de este campesino era superior al promedio, pero no por mucho. Estos agricultores son, desde luego, muy conservadores y continuarán manteniendo la posición liberal-capitalista del Japón: por otra parte, no será fácil atraerlos a una aventura dirigida por la extrema derecha.

A pesar de lo dicho, la economía japonesa es todavía muy vulnerable y lo más probable es que siga siéndolo durante un futuro indefinido. El índice de nacimientos, gracias a un amplio uso de contraceptivos, y todavía más, del aborto, ha sido reducido a proporciones manejables; pero Japón sigue teniendo que mantener a más de 100 millones de habitantes, y el hecho de que el nivel de vida general está subiendo constantemente hace este problema más difícil. Alrededor de una tercera parte de las exportaciones japonesas van destinadas al continente asiático, otra tercera parte a los Estados Unidos de Norteamérica y una quinta parte a Europa. Estas dos últimas categorías son vitales para la prosperidad japonesa y la mejor garantía de que siga siendo un poder internacional y progresista, ignorando los sueños de expansión militar y económica en Asia.

Por esta razón, es particularmente importante que las negociaciones entre Inglaterra y el Mercado Común Europeo y todavía más, los arreglos que hagan los E.U.A. y un ampliado Mercado Común no contengan medidas anti-japonesas. Si Inglaterra entra a formar parte del Mercado Común y Estados Unidos también se pone de acuerdo, Japón será el mayor bloque industrial (dejando aparte el bloque comunista) fuera del sistema. Y lo que Japón debe temer, ahora al igual que en la década de los treinta, es un consorcio hostil de los países "blancos" industrialmente avanzados: el formar uno de estos consorcios, inclusive por implicación, sería una forma de abandonar al Japón en los brazos de sus extremistas.

En realidad este es el punto más importante al hacer un análisis comparativo entre Japón y la India. En el plano puramente económico tienen poco en común, ya que Japón surgió de la derrota con los elementos de un sistema industrial prácticamente intactos y, lo que es más importante, con una tradición de habilidad técnica que llevó décadas el crear; por comparación, la India, aún en la actualidad, es un país subdesarrollado cuyo sector industrial emplea solamente a un tres por ciento de la fuerza total de trabajo. Sin embargo, ambas naciones tienen que resolver el mismo problema político: la creación de un sistema democrático efectivo en donde no había existido ninguno previamente. Y a este respecto el sistema de la tortuga es más seguro.

De ahí que, por diferentes razones, podamos sentirnos satisfechos del progreso de estas dos naciones. Ambas parecen bastante firmes en sus sistemas: la India es muy poco probable que abandone su planeamiento socialista o Japón el capitalista. Los pueblos del resto de Asia, donde el progreso no ha existido o ha sido muy pequeño, tienen, por consiguiente, ante sus ojos, dos sistemas libres diferentes que operan en sus mismas regiones.